

Hoy no quiero ser pediatra

Guithel Birmaher Avalos

Anoche no dormí bien. Traté de conciliar el sueño por esa dichosa pesadilla que no me deja en paz. Veo muertos. Mi mamá dice que son nervios por la próxima visita al anfiteatro. Opino que tengo ansiedad por conocer qué es lo que tanto se custodia en ese cuarto frío, invadido de formol, lleno de tarros cerrados y neveras.

Son las 5 a.m. y ya tengo que levantarme. Me baño, desayuno y mi mamá me pasa la bata de laboratorio. Está impecable. Todos están emocionados con los tapabocas y haciendo chistes mientras inflan los guantes. De repente, la profesora Gloria da la señal para que entremos pero antes de dejarnos seguir, se detiene a explicarnos las reglas. La verdad, estamos tan aglomerados que lo único que puedo escuchar es “¡No quiero que al final aparezca un cadáver tatuado con sharpie!”.

Entramos en orden, callados, a la expectativa de ver algo extraño. El profe Diego se queda mirándonos a la espera que toquemos algo pero nadie se atreve. Con risa burlona, nos dice: “Hoy, el anfiteatro es de ustedes, toquen, huelan y observen”. En ese momento, nos dispersamos. Unos comienzan a destapar los cadáveres que están organizados en las camillas, otros toman los cráneos y los huesos que están en el mesón de mármol. La profesora comienza a traer baldes con hígados, pulmones, riñones y lenguas pegadas a las tráqueas. Los reparte.

Mientras me dirijo con la compañera menos escrupulosa, Margie, a la parte de las piscinas, lo primero que veo es un anaquel lleno de fetos. Son perfectos. Luego, don Rómulo (el señor que cuida el anfiteatro) nos invita a mirar el contenido de unos tanques. Margie y yo introducimos las manos hasta el fondo del primer tanque, que está lleno de hígados. En el fondo, Margie alcanza a tocar algo extraño y se asusta. Trata de nuevo de tocar esa rara estructura, pero se va al fondo. Yo intento ver por encima aunque el líquido es turbio. Entonces, introduzco mis manos y creo sentir aquella cosa misteriosa que se me resbala porque está pesada.

Mientras Margie y yo luchamos por atraparla, le estoy contando que “me gustaría ser cirujana pediatra”. Ella me dice “quiero ser cardióloga”...Lo tengo, digo emocionada. Entonces, Margie saca las manos para darme espacio, mientras introduzco mi otra mano para evitar que la pieza se caiga. Tomo aire para juntar más fuerza, y la saco. No imaginé que fuera esto. Tenerlo en mis manos, hizo remover mis entrañas y también, dudar de mi futuro.

Al ver su expresión, creí que me podría enfrentar muchas veces a esa imagen. Solo pensar que ese sentimiento de angustia me podía invadir más de una vez, hizo que se me aguaran los ojos. Suspiré. Lo vi una vez más, lo abracé con la mirada y lo devolví al fondo. Margie me miró y dijo con voz triste: Era un bebe muy lindo.

